

Imperialista, que se sorprendieron al ver sobre una loma inmediata, el enemigo al frente. Por el momento la desmoralización fué grande, pero una vez restablecido el orden se dispusieron al ataque muy especialmente en la iglesia. El Jefe imperialista, comprendiendo que la derrota era segura apeló á un medio, sumamente indigno; mandó sacar á la familia del General Régules que allí se encontraba, y colocó á la señora y sus pequeños niños sobre las trincheras que debía atacar el Ejército Republicano; Régules, desesperado por tan infame proceder, luchaba con sus más sagrados deberes; pero por fin se rompieron los fuegos y después de un rudo y terrible combate alcanzaron la victoria, derrotando completamente al enemigo y saliendo ilesa la familia del General Régules. El Coronel Villada se distinguió mucho en esta gloriosa jornada, pues como en varios casos se le dió el punto más difícil de vencer, la Calle Principal y después la Iglesia. Desgraciadamente una bala enemiga vino á herirlo en la cabeza, cayó sin sentido y sus soldados tuvieron que sacarlo de allí llevándolo á una loma inmediata; pero reconocida la herida resultó no ser de gravedad y algunas horas después, restablecido un poco de la fatiga y ya que su herida estaba bien curada y vendada, volvió al lugar del combate á prestar nuevos servicios al frente de su Batallón hasta lograr ver consumado el triunfo. Este ataque fué consumado el 11 de Abril del mismo año. El Ejército Liberal supo que de Morelia había salido una columna de franceses con rumbo á Tacámbaro, y como había quedado sin parque y sumamente desorganizada la fuerza, ordenó el General Régules la marcha para la Tierra Caliente.

La columna francesa llegó á Tacámbaro, recogió á sus heridos, y pocos días después regresó á Morelia.

Los prisioneros belgas fueron enviados con una escolta á Huetamo, por orden del General Arteaga.

La Brigada de Régules siguió sin cesar expedicionando, amenazando varias plazas y burlándose del enemigo. En una de estas jornadas le tocó á Villada sostener un combate sin consecuencias y en pleno camino con los cazadores de Africa. Poco tiempo después asaltaron un convoy, mediante un combate en que hubo varios muertos y heridos.

Después de largo tiempo de penosas expediciones volvió Régules con su Brigada á Tacámbaro, á fin de tomar algún descanso y organizar su fuerza.

Poco tiempo tenía de descansar la Brigada de Régules cuando llegó á Tacámbaro procedente de Huetamo el General Arteaga á ponerse al frente del Ejército; se reconcilió con el General Salazar nombrándolo Cuartel Maestre, uniéndose Arteaga, Salazar, Riva Palacio y Régules. Recorrieron varios puntos del Estado y el General Arteaga dispuso el ataque

de la plaza de Uruapan, que se encontraba bien fortificada, y estaba al mando del Coronel Lemus.

En este ataque se pudo ver de cuánta importancia fueron los servicios que el Coronel Villada y su Batallón prestaron, siendo los primeros que llegaron á vivo fuego hasta el reducto de defensa, en cuyo lugar hizo Villada prisioneros al Coronel Lemus con sus jefes, oficiales y tropas.

Esta acción fué tanto más meritoria para Villada cuanto que tratándose de fusilar á todos los jefes y oficiales prisioneros, logró con gravísimas dificultades salvar la vida de todos, excepto la del Coronel Lemus que le fué de todo punto imposible. Esta acción noble y generosa le conquistó á Villada cariño, prestigio y simpatías no sólo entre los suyos, sino hasta entre los imperialistas, que más tarde supieron corresponder á tan especial conducta.

Después de terminada esta batalla el General en Jefe supo que De Potier con una columna francesa venía sobre Uruapan; inmediatamente tuvieron que salir para Tancitaro, pues carecían de toda clase de municiones. El enemigo llegó á Uruapan y siguió en persecución del ejército liberal, que tuvo que apresurar su marcha por terrenos extraviados para evitar el alcance del enemigo.

Esta expedición fué sumamente desastrosa; para poder llegar á Tacámbaro, que era el Cuartel General, tuvieron que atravesar gran parte de la tierra caliente y un inmenso desierto llamado Llano de Antúnez, donde murió mucha tropa de hambre, de sed y de insolación. El ejército liberal se había derrotado solo en esta expedición, quedando en el más completo desorden, pues casi acabó, después de tan espléndido triunfo que habían tenido en Uruapan.

Estando en Tacámbaro, el General en Jefe mandó distribuir su escasa tropa en las poblaciones pequeñas, haciendas y ranchos inmediatos. A Villada se le mandó al rancho de las Joyas, donde comenzó á formar nuevamente su Batallón.

Villada se distinguió siempre por su talento organizador, pues cuando acababa de sufrir el ejército liberal una derrota, era el primero en organizar su Batallón y prestar grandes servicios á toda la fuerza: ni un mes tenía de estar en las Joyas y ya su Batallón se componía de 400 plazas, que pasaron revista en Tacámbaro en presencia del General Arteaga, con el mayor orden, todos bien uniformados y con cuatro paradas de parque por plaza, dando con esto una verdadera sorpresa á los Generales Arteaga, Salazar, Régules y Riva Palacio.

No tardó mucho esta tranquilidad, pues supo Arteaga que venía ya sobre Tacámbaro una fuerte columna de Belgas é imperialistas, mandada por el valiente General Ramón Méndez. Los Belgas iban al mando de Bandersmisen, todos iban perfectamente

armados, pues habían escogido lo más florido del ejército belga é imperialista.

El General Arteaga con sus fuerzas se retiró á Loma Hueca, donde tomó posiciones para resistir al enemigo. El ejército liberal estaba en un escaso número, todo muy mal organizado, pues en su mayoría eran rancheros y gente que no sabía hacer uso de las armas, pues se les acababa de tomar de leva.

Después de algunas horas de combate, los reclutas liberales comenzaron á abandonar el campo, todos en desorden. El Batallón del Coronel Villada era el que hacía más resistencia, y entre sus soldados que más se lucieron fueron los prisioneros de Uruapan, entablaron una lucha cuerpo á cuerpo.

Villada siguió batiéndose en retirada con su Batallón, pero sobre el camino estaban ya las fuerzas enemigas, no quedando á su lado más que una profunda barranca, por donde se arrojaron Villada y sus soldados, salvándose unos milagrosamente y otros muriendo en aquel precipicio. Uno de sus más fieles Capitanes de Villada lo salvó con 15 ó 20 hombres, tomando después el camino de la Hacienda de Chupio, todo esto bajo los fuegos del enemigo.

El ejército de Arteaga había sido destruido completamente, todos los jefes habían sufrido graves trastornos.

Villada, después de penosísima expedición, llegó solo sin tropa ya ni asistentes, á la Hacienda de Tejamaniles, donde se encontraba Riva Palacio, á quien se incorporó para marchar á la Huacana, de cuyo punto volvieron de nuevo á su Cuartel General, que como hemos dicho estaba en Tacámbaro; pero no pudiendo permanecer allí por temor al enemigo, se les distribuyó en las haciendas y ranchos.

Al Coronel Villada en compañía del de su clase Francisco Espinosa, actual Tesorero General de la Nación, se les designó la Hacienda de Chupio. Villada comenzó con su proverbial actividad á organizar sus fuerzas; á los dos meses el Batallón de Villada tenía 300 y tantas plazas en regular estado de instrucción.

Todos los Jefes que por otros lados se repartieron habían organizado sus fuerzas.

A principios de Octubre de 65, dió orden Arteaga de que se reconcentraran las fuerzas en la ciudad de Uruapan, con el fin de atacar algunas plazas del enemigo para hacerse de recursos; pero había sonado la hora de la desgracia para el Ejército Liberal.

El General Méndez con su incansable actividad, organizaba en Morelia una columna muy fuerte con lo mejor de su ejército, resuelto á batir al enemigo hasta exterminarlo.

Arteaga con 500 hombres se dirigió á la Tierra Caliente, para llamar sobre sí la atención del enemigo, y así fué en efecto, pues lo persiguió con tenaz empeño.

La derrota había tenido efecto por la más ruin de las traiciones cometidas por los exploradores que Arteaga había dejado sobre el camino.

Este triste suceso tuvo lugar el 13 de Octubre, y el 16 del mismo salieron las fuerzas con los prisioneros de Santa Ana Amatlán. A Villada le fué entregado por orden de Méndez, un caballo de tropa, para que montara; éste lo cedió al General Arteaga, que era imposible obligarlo á caminar á pie, pues á su excesiva gordura se agregaban las heridas y grietas que tenía en las piernas.

Así caminaron sufriendo de una manera horrible los prisioneros hasta llegar á Apatzingán, donde descansaron un poco para llegar á Uruapan el día 20 como á las doce del día. La Ciudad en masa salió á recibir á los prisioneros, disputándoseles para darles alimentos y guardándoles todo género de atenciones.

Habían pasado ya siete días; nadie tenía por la suerte de los prisioneros; pero á última hora recibió Méndez un pliego que le venía de Morelia: era el infame y malhadado decreto del 3 de Octubre. Méndez lo leyó, é inmediatamente surgió en su pensamiento la funesta idea de satisfacer sus sangrientas pasiones, ya que con eso quedaba cubierta su responsabilidad. Esto fué infame y criminal.

El expedir decretos de tal naturaleza y llevarlos á efecto sin estar sancionados ni puestos en conocimiento del público, es incalificable.

Méndez contestó que en vista y en cumplimiento de ese decreto, iban á ser pasados por las armas los Generales Arteaga y Salazar y tres de los principales Coroneles.

En el acto los puso en capilla, tocándole esta suerte al mismo Coronel Villada, á quien el hipócrita Méndez pensaba considerar; pero al saber esto los jefes, oficiales y tropa de Méndez, unánimemente protestaron contra este acto tan inicuo en contra de una persona que salvó la vida á tantos infelices condenados á muerte. Villada fué sacado de la capilla y sustituido por el Capitán González, fraile exclaustro, puesto que en el parte ya se había avisado que tres jefes más iban á ser sacrificados.

Los encapillados se prepararon toda esa noche, escribiendo á sus familias, y no testando porque no tenían ni un centavo que dejar; murieron pobres, pero con honra, y defendiendo una santa causa.

El Coronel Villada lloraba de una manera desesperada, pues acababa de perder á sus más queridos jefes y compañeros.

Después de terminados tan tristes acontecimientos, el ejército, con los prisioneros, marchó con dirección á Pátzcuaro, donde permanecieron un mes. Villada fué objeto de mil consideraciones.

En Febrero de 1866 el General Riva Palacio, llegó á Uruapan con sus fuerzas. El objeto era recon-

centrar la guarnición para batir á Méndez y vengar los rencores que había sembrado en el ejército liberal.

Tan pronto como supo Méndez que el ejército republicano se había reconcentrado en Uruapan, salió de Morelia con una fuerte columna de las tres armas, dispuesto á batirlo.

Riva Palacio había tomado posiciones frente al llano de la Magdalena; y en una loma que tenía por defensa una cerca de piedra.

Se acercó Méndez con sus tropas, y al amanecer del día diez y seis rompió el fuego con su artillería y con el mejor éxito; fué ésta una sangrienta batalla en que se vieron esfuerzos supremos de parte de los liberales, en contra del poderoso Méndez; pero todo fué inútil, la derrota tenía que ser inevitable, la lucha era desigual.

Terminada esta batalla, el General Régules con los restos de su brigada, acompañado del Coronel Villada, se dirigieron á Tacámbaro; el General Riva Palacio con el mayor número de fuerzas á la Tierra Caliente.

El Coronel Villada seguía expedicionando, y tuvo algunos días de descanso en Apatzingán organizando sus fuerzas.

El ejército liberal estaba muy decaído; la persecución que Méndez con sus tropas le hacía, era sumamente hostil; todas las principales plazas estaban ocupadas por el enemigo, y no pudiendo Villada permanecer más tiempo en la Tierra Caliente, tuvo que pasar á Tierra Fría, con el fin de proporcionarse mayores recursos, y marchó para Tancitaro, á cuya población llegó con sus 280 hombres el 3 de Junio de 1866.

En dicha población, que es muy liberal, se le tenía gran cariño á Villada. Allí se le incorporó el Coronel Magaña con 30 hombres bien armados y montados.

Supo Villada que la Villa de los Reyes estaba bien guarnecida por las traidoras huestes al mando de un Coronel Granados, encontrándose también allí el valiente Coronel Espinosa que dejamos ya citado, y que era el caballo de batalla del imperio en aquellas comarcas. Villada siempre tenía á su tropa sobre las armas, para no ser sorprendido; tomaba todo género de precauciones, y en una palabra, el más intachable gladiador, uno de los más resueltos Jefes con que contaba el partido Republicano, pues todos se habían desengañado ya, de que no habría poder humano que venciera al colosal enemigo. Sin embargo, la fe de Villada era muy grande, el fuego sacro de un refinado patriotismo ardía en su corazón constantemente, la estrella de su esperanza siempre brillaba en el cielo de sus glorias, alumbrándolo por el penoso camino que seguía en los campos de la guerra; Villada se había sujetado

á este dilema ó *vencer ó morir*, tal era su más terminante resolución en defensa de una santa causa. *La libertad, la destrucción del yugo opresor que los traidores é invasores tenían puesto á nuestra cara Patria.* Para Villada no había nada imposible, era un hombre de hierro que no le amedrentaba la fatiga, el hambre ni el trabajo; todos sus sacrificios los sobrellevaba gustoso, su espíritu conservaba la misma conformidad y entereza después de una derrota como después de un triunfo, tal parecía que en los horizontes siempre veía escritas con caracteres de fuego, estas palabras: *Adelante.....no hay que retroceder, la Victoria será tuya, el triunfo de la República será la Corona de los Mártires que supieron con su sangre, sellar su consumación.*

Serían las 4 de la mañana del día 5 de Junio, hora en que el Coronel Villada, como de costumbre, estaba ya montado en su caballo, recorriendo personalmente sus puestos avanzados. Concluyó esta tarea como á las 7 de la mañana, no encontrando novedad ninguna.

A las 8 de la mañana, y sin que Villada ni sus jefes, oficiales y tropa hubieran tomado el desayuno, fueron sorprendidos por las alarmantes voces de uno de los exploradores, que en vertiginosa carrera cruzaba la plaza gritando *¡el enemigo!..... ¡el enemigo!.....* Casi simultáneas á estos gritos se escucharon las primeras detonaciones y los gritos de *¡viva el Imperio!* El enemigo, sin ser visto, y por caminos ocultos había llegado hasta la plaza de la población. El coronel Espinosa (á *el manco*, con 50 caballos montados por pintos de la tierra caliente, fué el primero en llegar hasta la plaza haciendo fuego.

No hubo tiempo más que para ensillar los caballos, todos tomaron distintos rumbos; uno de los más fieles asistentes de Villada, por querer seguirlo murió. Villada salió montado y en fuerza de carrera con su pistola en la mano atravesando la plaza, en medio de una lluvia de balas y la persecución del enemigo; tomó el camino de Apatzingán acompañado de los 30 hombres de Jalisco que se le incorporaron á la salida y con los cuales se batió en retirada. Tenía que descender por una larga y escabrosa cuesta y comprendió Villada ya que estaban en la cúspide de la montaña, que en el descenso no quedaría ninguno con vida, pues era seguro que el enemigo, que era numeroso, acabaría con ellos, pues venía Espinosa con 50 caballos y á la retaguardia y á paso veloz venían 300 infantes al mando de Granados, jefe de la expedición.

Hé aquí uno de los más grandes hechos de Villada, en que no dejó ya duda su temeraria valentía.

No habiendo camino que elegir y viéndose ya en brazos de su poderoso enemigo, no desertó ninguno por las sinuosidades del terreno, como bien pudieron hacerlo, sino que Villada resuelto á morir propu-

so á sus valientes compañeros dar media vuelta sobre el enemigo: todos lo secundaron, se escuchó un grito atronador de *viva la República!* con que el denotado Coronel Villada iniciada aquella sangrienta lucha; era el grito de la más honda desesperación; era la voz suprema que anunciaba el terror y el exterminio.

Se entabló la terrible lucha, los combates eran personales, á Villada le tocó verse frente á frente con el valiente Espinosa, lucharon ambos jefes como unos leones, dispararon sobre sí varias veces sus pistolas, al tercer tiro la bala de la pistola de Villada hirió en la sien izquierda á Espinosa, y éste cayó muerto en el acto. Horrorizados los imperialistas del temerario valor con que se defendían aquellos hombres, desnormalizados al ver muerto á su jefe, echaron á correr en el mayor desorden. El sol de una de las más espléndidas victorias para las armas liberales, iluminaba aquel campo de batalla.

Villada siguió tranquilo y paso á paso su retirada, pues tenía seguridad de que los 300 infantes no lo perseguirían ya.

Bajó la cuesta é hizo alto en el llano, allí supo que el enemigo estaba muy amedrentado, y sin esperar más Villada marchó rumbo á Tancitaro, subió la cuesta como á las tres de la tarde y arrastrando ramas por el camino por donde podía venir fuerza de Régules levantando polvo y gritando sin cesar *viva Régules! ¡muera los traidores!* Al llegar á Tancitaro comenzaron á tirotear á los 300 hombres que mandaba Granados; á poco tiempo penetraron á la plaza donde no había uno solo: todos corrieron en desorden dejando en el camino caballos, armas, etc., etc. Villada seguía tiroteándoles al salir de la plaza con sus mismos 30 hombres; la ovación que recibió en Tancitaro fué sumamente entusiasta. Granados había llegado á los Reyes con 15 hombres; aquel hombre se había derrotado solo por su cobardía.

El día 5 de Enero del mismo año cayeron sobre Pátzcuaro; la plaza estaba bien fortificada, y á Villada se le señaló para el ataque el lado de la Iglesia de San Francisco, que era una fortaleza de las mejores que tenía el enemigo.

Comenzó el ataque con poco éxito para los liberales, Villada hizo esfuerzos supremos y emprendió un trabajo de zapa horadando una cuadra entera para llegar hasta el punto que debía tomar. En esta acción fué muerto un magnífico caballo que montaba Villada.

El enemigo estaba muy potente y al ejército liberal se le agotó el parque, hubo que apelar á un recurso supremo para derrotarlo: el General en Jefe mandó prender fuego á la Iglesia y casas adyacentes y sólo de este modo pudo conseguirse el triunfo. A Villada le tocó dar el segundo ataque, tomando á vivo fuego y perdiendo mucha gente, la trinchera ene-

miga, habiendo sido él y sus tropas los primeros que penetraron hasta la plaza.

Permanecieron en Pátzcuaro algunos días, y después emprendió Régules una larga expedición en la que se hizo de algunos elementos.

En Febrero siguiente se dirigieron rumbo á Zamora, con el objeto de asaltar esta plaza, que es verdaderamente militar y estaba muy bien guarnecida, pues el enemigo contaba allí con toda clase de elementos.

El 4 de Febrero de 67, el ejército liberal circumbalaba Zamora. Tropezaba con graves dificultades, entre otras la de estar abiertas las compuertas, que es uno de los mejores recursos con que cuenta esa población para cuando se ve atacada: no quedaban libres más que las Calzadas.

El Coronel Villada reconoció perfectamente el terreno en esa noche, y construyó una trinchera en el lugar que creyó oportuno para el ataque.

Era el 5 de Febrero, aniversario de nuestra Constitución, y el ejército Liberal quiso celebrar tan memorable fecha, rompiendo sus fuegos contra las huestes enemigas al rayar el día. El enemigo hizo un fuego cerrado de metralla y fusilería, causando una mortalidad espantosa en las filas Republicanas.

Villada pudo llegar hasta el foso, de donde fué enérgicamente rechazado.

El primer asalto fracasó.

A Villada se le persiguió; este se posesionó de su trinchera desde donde hizo mucho daño al enemigo con una pieza y fusilería; la Calzada quedó sembrada de cadáveres.

Se suspendió el fuego en ese día, y los liberales se preparaban para un nuevo ataque; algunos desnormalizados y sin esperanza de triunfo, se retiraban, pero Régules los reunió á todos para dar un nuevo asalto al amanecer el día 6. El General Carriedo, en Jefe de la Plaza, temeroso de una derrota, salió esa noche logrando burlar al enemigo, y abandonando la Plaza. El triunfo estaba consumado, la Plaza se rindió y el ejército liberal se hizo de mucha gente y grandes elementos.

El Coronel Villada organizó perfectamente su Brigada, y en general las fuerzas liberales formaban ya el respetable número de cuatro ó cinco mil hombres, a cuya cabeza se puso Régules y se dirigió á la Capital del Estado, que desocupó Méndez poco tiempo antes.

El ejército liberal entró triunfante á Morelia, en cuya ciudad se le recibió con grande entusiasmo.

El General Corona con su División llegó á esta ciudad, poniéndose al frente de ambas fuerzas, para marchar á Querétaro pocos días después, y en cuya ciudad tenía que definirse la situación de ambos partidos por estar allí reconcentrados los mayores elementos del partido imperialista.

En Querétaro se encontraba Maximiliano, Mejía, Méndez y todo lo más granado del Ejército Imperialista.

El ejército Republicano, al mando del valiente General Escobedo, rodeó la ciudad y estableció un sitio riguroso.

La División del General Corona y la del General Régules acamparon en el Cimatario, extendiendo su línea hasta la Casa Blanca. La Caballería de la Brigada y él quedó mandando solamente cuatro batallones de infantería: el 1º, 2º, 3º y 4º de Michoacán.

En los primeros días del sitio extendió sus fuerzas, cubriéndolas detrás de una cerca de piedra frente á la Alameda. Recibió orden de estar listo pues se iba á asaltar el día 14 el Templo de la Cruz. Se trataba simplemente de un reconocimiento, pero Villada y los demás jefes que formaban parte de la columna para dar este ataque lo ignoraban.

A la cabeza de la columna colocaron al Coronel Villada con los batallones de su mando, y á la retaguardia iban los Cuerpos de Sinaloa al mando de Leonides Torres y otros jefes.

A la derecha del Coronel Villada, atacaba una Brigada de Jalisco, y la reserva la formaban las fuerzas del Sr. General Rocha.

Villada llevaba un guía que lo condujo por uno de los costados de la Cruz, por la parte donde está el Jardín y cuyas paredes estaban todas aspilleradas; al penetrar por esta calle sufrió la fuerza de Villada pérdidas de consideración, pues por dichas aspilleras hacía el enemigo un fuego certero y constante, además estaba provisto de granadas de mano que arrojaba sin cesar sobre los Batallones Republicanos. Las fuerzas de Michoacán y Sinaloa después de sostener un sangriento ataque lograron pasar de este punto y llegaron hasta la cuadra siguiente, donde recibió Villada orden de hacer alto. Permanecieron allí las fuerzas por algún tiempo, recibiendo los fuegos del enemigo. En la tarde recibió orden Villada de retirarse y lo verificó no sin haber sufrido nuevas pérdidas.

El Coronel Villada, con esta suerte con que siempre caminaba en los supremos lances de la guerra, acababa de obtener un nuevo triunfo en Querétaro, el cual le valió mucha estimación del General Escobedo.

Los sitiados estaban ya vencidos y sus últimos esfuerzos fueron inútiles. El ejército Republicano había llegado á sus últimos días de Conquista.

Salió Villada de Querétaro con la División de Occidente, llevando á sus órdenes una Brigada de tres mil y tantos hombres.

En el camino supo Villada que se había encontrado ya al General Méndez, y que en el acto fué pasado por las armas, y que á Maximiliano, Miramón y Mejía se les seguía un proceso en el cual salieron sentenciados y pasados también por las armas en el Ce-

rrero de las Campanas, dando con esto el último golpe de muerte al Imperio.

La Brigada del Coronel Villada llegó á México con el General Corona y después de desfilar en columna de honor frente al General Porfirio Díaz se le destinó á cubrir una extensa línea apoyándose sobre el borde de una zanja desde la Calzada de México á Guadalupe hasta cerca de Atzacotalco, frente á la posición enemiga de Santiago Tlalotelco.

Con el refuerzo que acababa de recibir el Sr. General Díaz, estrechó más el sitio y dió mayor impulso á sus operaciones militares.

El General Díaz, estando ya seguro de que la plaza de México tenía que rendirse, no quiso dar otro asalto para evitar el derramamiento de sangre y desórdenes consiguientes.

La plaza se rindió, y el General Márquez después de algunos días que estuvo escondido consiguió fugarse al extranjero.

Tres días después de ocupada la Capital el General en Jefe ordenó que el General Corona con su División saliera para Guadalajara y de allí á la Sierra de Alica con objeto de abrir la campaña contra Lozada, que aun se sostenía en las escabrosidades de aquellos terrenos.

Salieron de México con dirección á Dolores Hidalgo en cuyo lugar debían encontrarse con el Presidente de la República que venía ya á encargarse del Gobierno General.

El General Corona ofreció al Coronel Villada que en la entrevista que tuviera con el Presidente Juárez le pediría su autorización para llevar las fuerzas de Michoacán al Estado de Jalisco así como también el ascenso del mismo Sr. Villada á General efectivo de Brigada.

Villada cumpliendo con su deber dió cuenta de todo esto á su General en Jefe Nicolás Régules, que se encontraba en Morelia. Tanto este Jefe como el Gobernador del Estado escribieron inmediatamente al Sr. Juárez suplicándole volviera la Brigada de Michoacán á su Estado.

Llegó el General Corona con su División al pueblo de Dolores, allí encontró ya al Señor Presidente de la República, y éste le dió orden de que la Brigada de Michoacán siguiera inmediatamente su marcha con dirección á Morelia. Por un olvido sin duda, ó quizá por no haber conseguido Corona el fin que se proponía, no pidió, como espontáneamente lo había ofrecido, el ascenso del Coronel Villada; éste llegó con su Brigada á Morelia, donde fué objeto de una entusiasta ovación; las calles estaban adornadas, y el General Régules, y el Gobernador del Estado y otras autoridades y personas respetables de la población salieron á encontrarlo al camino. Se había dispuesto para él y sus jefes y oficiales, una comida de doscien-

tos cubiertos en el edificio de la Compañía, y en la noche fué obsequiado con un espléndido baile. Como quince días duraron las manifestaciones de cariño y simpatía hacia el Coronel Villada, pues los banquetes los bailes, días de campo, etc. etc., no faltaron en ese tiempo.

El Sr. Juárez dió orden de que se disolviera el Ejército del Centro, y entonces el Coronel Villada entregó la caja de la Brigada con cerca de 900 pesos que tenía en su poder; siendo uno de los pocos jefes que rindieron cuentas.

El Gobernador Mendoza quiso aprovechar los servicios del Coronel Villada y le encargó eligiera la mejor tropa de la División Régules y organizara un batallón y un cuerpo de caballería para formar la fuerza de policía del Estado, la cual estaría á sus órdenes y así lo verificó.

El General Régules marchó á México donde se le nombró Comandante Militar del Distrito. Régules pidió entonces el ascenso de los coroneles Eguiluz, Garnica y Ronda, con quienes tenía una deuda de gratitud pues como se recordará, cuando Villada desconoció á Caamaño, estos jefes que no quisieron reconocer como jefes de la División ni á Villada ni á García, llamaron á Régules que se encontraba sin colocación en Tacámbaro y le nombraron su General en Jefe; tal vez por esta circunstancia ó no sabemos por qué otras causas, el General Régules tomó mucho empeño y consiguió por fin el ascenso de estos señores y olvidó al Coronel Villada que indiscutiblemente había prestado tan importantes servicios como los coroneles referidos, pues debe tenerse presente que si no hubiera sido por la constancia, la energía, la resignación y el valor del Coronel Villada en la época más difícil para el Ejército Republicano del Centro, éste hubiera tenido un fin desastrozo, pues la mayor parte de los jefes se habían retirado ya á la vida privada, muchos de ellos sin fuerzas que mandar, sin armas y sin elementos, como le sucedió al mismo General Régules cuando se encontraba en Poturo y á cuyo punto ocurrió el Coronel Villada lleno de cariño y abnegación á ofrecerle el fruto de sus grandes esfuerzos, á poner á sus órdenes un Ejército victorioso, que consistía ya en un crecido número que á costa de grandes sacrificios y arrojando peligros de todo género en las terribles luchas que había sostenido contra el enemigo había logrado formar.

En la terrible lucha que se entabló en esa época entre Lerdistas y Juaristas, Villada desempeñó un papel importante pues fué uno de los miembros más activos y de mayor energía del partido Lerdistas.

Al concluir el período del 5º Congreso, fué comisionado por su partido y marchó al Estado de Michoacán á trabajar en favor de la elección del Sr. Lerdo; allí fué nombrado inspector de las milicias del Esta-

do. Con éste carácter recorrió muchos Distritos asegurando la elección del Sr. Lerdo.

Al saber el Sr. Juárez que estaba perdido todo el Estado de Michoacán, el Ministro de la Guerra General Mejía, dió orden al Coronel Gómez, Jefe de las fuerzas federales, de que en último caso impidiera la elección de Villada como Diputado al Congreso General.

El último Distrito que visitó el Coronel Villada fué el de Tancitaro, donde estaba propagada su candidatura para Diputado. Llegó dos días antes de la elección y se encontró con un batallón de infantería y un cuerpo de caballería. El Coronel Villada no llevaba más que una pequeña escolta de 15 hombres de fuerza de Estado, y como era consiguiente fué derrotado en la elección por una mayoría de tres votos, pero consiguiendo que en todos los Distritos fuera votado para Presidente el Sr. Lerdo, así como el Gobernador y Diputados á la Legislatura del Estado, de la candidatura Lerdistas que triunfó en todas partes.

Volvió Villada á México, y tuvo necesidad de presentarse al Ministro de Guerra, el cual ordenó pasara al depósito de Jefes y Oficiales.

En los momentos en que él se encontraba enfermo y postrado en el lecho del dolor tuvo lugar el pronunciamiento de la Ciudadela, en sentido Porfirista. Al día siguiente de este acontecimiento, después de ser derrotados los pronunciados, Villada recibió orden de presentarse preso en Santiago Tlatelolco, por no haber ofrecido sus servicios en los momentos del conflicto; se le sumarió y se vió su causa en jurado; sus defensores fueron el Sr. General Riva Palacio y el Sr. Lic. Joaquín Alcalde. Como aquello no fué más que una venganza política Villada salió absuelto por unanimidad y en el acto presentó una solicitud pidiendo su licencia absoluta, que le fué otorgada.

Triunfante la revolución de Tuxtepec, hasta el último día sostuvo en la «Revista Universal» con toda entereza sus opiniones. El Gobierno del Sr. Lerdo quedó adeudándole una cantidad considerable por impresiones oficiales, cuya suma jamás quiso reclamar.

Fundó varios periódicos de oposición, entre ellos el más caracterizado fué «El Republicano.» Esto le trajo, como era natural, algunas persecuciones.

Estuvo preso en un calabozo en San Juan de Ulúa, en Santiago Tlatelolco y en la Diputación, y siguió luchando constantemente hasta terminar los cuatro años que él creía era el período legal del Sr. Lerdo.

Al terminar este período, dejó de publicar en su imprenta todos los periódicos de oposición y se retiró á la vida privada.

Estando en el poder el Sr. General Manuel González, fué interpelado Villada alguna vez por el Sr.

Lic. Ezequiel Montes, que era Ministro de Justicia y con quien llevaba íntima amistad, sobre si tenía todavía algún compromiso con el Sr. Lerdo, habiendo contestado negativamente.

Al día siguiente recibió una tarjeta del Sr. General Treviño, Ministro de la Guerra, en la que le daba una cita en su secretaría. Dicho señor le ofreció á nombre del Señor Presidente de la República, volver á darle su empleo en el Ejército no obstante que Villada hizo presente su actitud hostil en contra de los caudillos de la revolución de Tuxtepec, llamando sobre esto muy seriamente la atención del Señor Ministro. Fué dado de alta en comisión de la Secretaría de guerra, pasando su revista en fuerzas excedentes.

En esta época, asociado con el Sr. Juan A. Mateos, fundó el periódico titulado «El Telégrafo.» Dos ó tres meses después se separó el Sr. Mateos, quedando solo Villada al frente del periódico; entonces queriendo darle una prueba de su gratitud al Sr. General González, continuó publicando dicho periódico defendiendo al Gobierno sin recibir ningún auxilio pecuniario de él; lo sostuvo todo un año y lo suspendió cuando ya se habían agotado sus recursos.

Hace algunos años fundó el diario político titulado «El Partido Liberal.» En esta importante publicación, como en todas las que ha dirigido y en las que ha tomado parte, ha sostenido con el mayor empeño los principios liberales.

Se verificaron las elecciones generales y salió electo Diputado por el Estado de Michoacán, habiendo sido reelecto al Congreso siguiente por el mismo Estado.

Después fué electo primer Senador por el Estado de México, habiendo figurado antes como candidato para Gobernador del Estado de Michoacán.

Por último, electo y reelecto después Gobernador del Estado de México, se ha captado las simpatías del Estado, donde ha introducido innumerables mejoras.

No dudamos ni por un momento que al hacerse cargo el Sr. Villada del Gobierno del Estado, lo ha hecho florecer, porque su administración es muy digna de imitarse, pues á todo lo anterior debemos agregar que ha sido un hombre progresista, de firmes principios, y que su mayor empeño ha sido implantar toda clase de mejoras donde quiera que ha estado.

Su idea más constante ha sido hacer el bien á todo el que ha podido, siendo absolutamente incapaz de hacer mal á nadie.

En su imprenta tiene á un joven llamado Antonio Gama, á quien desde niño recogió á fin de educarlo, y enseñarle la manera de ser útil á la sociedad y proporcionarse honradamente todo lo que le fuere necesario para cubrir sus necesidades y abrirse paso

para el porvenir, la madre del referido joven murió tal vez, pues no se volvió á saber de ella; en cambio, el Sr. Villada y su virtuosa señora le prodigaron toda clase de cuidados en su infancia y le dieron instrucción tan pronto como su edad lo requería.

Otro tanto han hecho con una niña que sacaron del Asilo de Mendigos, y á quien le han dado una regular educación, enseñándole toda clase de labores domésticas y obligaciones que debe conocer la mujer; hoy que ya es una jovencita, sabe hacer todo cuanto es necesario para el gobierno interior y doméstico del hogar. El deseo de impartir protección á quien más lo necesite, ha hecho que el Sr. Villada acabe de introducir al seno doméstico á otra niña á quien se le educa con la misma solicitud que á los jóvenes que dejamos ya citados.

Esto podrá dar una idea de los sentimientos del Sr. Villada como filántropo, teniendo otros muchos ejemplos que podremos citar.

En toda clase de festividades nacionales ya hemos visto que ha sido el primero en iniciar y llevar á efecto varias disposiciones que, en primer lugar son en honor de la Patria, y en segundo, llevan por mira especial proteger la beneficencia, pues las simpatías y el gran prestigio de que goza el Sr. Villada en todos los círculos sociales, hace que lo secunden obteniendo muy felices resultados cada vez que con este motivo trata de conseguir fondos, siendo así, que por parte de las juntas que tan dignamente ha presidido, se han celebrado con toda pompa y con el mayor brillo posible las fiestas nacionales, dedicando las fuertes cantidades que han sobrado para regalar á los pobres, á los presos de la Cárcel de B-lén, á los niños y niñas del Hospicio, etc., etc., aquello que les ha sido más indispensable.

El General Villada ha observado como norma y fundamento de sus actos, una honradez acrisolada, pues en todo tiempo y muy especialmente cuando se le han confiado asuntos importantes tanto en el Ejército como en su vida civil, ha dado pruebas inequívocas de que su integridad en el manejo de intereses ha sido inmaculada, siendo reconocidas tan relevantes cualidades hasta por sus mismos enemigos.

Todo lo anterior nos hace creer fundadamente que el especial acierto que los habitantes del Estado de México han tenido al elegirlo como Gobernador del mismo Estado, será bien correspondido de parte del Sr. Villada, y que su administración vendrá á completar los triunfos que de su vida registrará en sus páginas la Historia.

L. Barba.